

# Ideal Revista

PUBLICACIÓN ARTÍSTICA SEMANAL

Año II | Valdepeñas 9 de Mayo de 1927 | N.º 19

Administración: Empresa del Cine Ideal

## CINE IDEAL

FUNCIÓN DE MODA

el Martes 10 de Mayo

A LAS DIEZ Y  $\frac{1}{4}$  DE LA NOCHE

### PROGRAMA

*Presentación de la producción* **PARAMOUNT**, *en siete partes,*

**EL 13**  
**DE LA BUENA SUERTE**

por

**RICHARD DIX**



# Ideal Revista

*Esta publicación se reparte a domicilio gratuitamente.*

*Se suplica a las personas que deseen recibirla, que se sirvan notificarlo a la Empresa del CINE IDEAL.*

*No se devuelven originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.*

## CINE IDEAL

Programas a proyectar en funciones sucesivas

Jueves 12 de Mayo.

**LA MENDIGA DE SAN SULPICIO** (Terminación)

Sábado 14.

**El Secreto del Polichinela** (Exclusiva DIANA)

Domingo 15, **LA HECHIGERA** (Paramount)

por **POLA NEGRI**

Martes 17, **FROU-FROU** (Exclusiva DIANA)



## Leyenda del Rey cruel

El Rey Gontrán, es fuerte, cruel y sanguinario y la Reina Beatriz es dulce y compasiva. Entre el dolor del pueblo y junto al Rey cruel, la reina es como una medrosa sensitiva.

El Rey, ama a su esposa; mas si la vé acercarse, cuando a un pobre vasallo él manda atormentar, frunce las negras cejas, con un gesto tan fiero, que la Reina no osa el perdón implorar.

Y el Rey Gontrán, no sabe que la Reina Beatriz, cuando llega la noche, de una esclava seguida, baja hasta las prisiones con un pomo de bálsamo que derrama a las víctimas en cada negra herida.

El Rey Gontrán, celebra esta noche una fiesta, queriendo a sus amigos una sorpresa dar; y manda a sus esclavos que, abriendo las esclusas, las mazmorras del fuerte se lleguen a inundar.

Y entre los horrorosos gritos, de los cautivos, que llenan el palacio con su triste clamor, el Rey Gontrán, riendo, mira a sus invitados que aplauden débilmente, pálidos de terror.

Y cuando ya la muerte acalló los gemidos en las negras prisiones, el Rey siente llegar tal temor a su alma, que en las sedas del lecho, agitado y medroso, no logra reposar.

Y cuando, al nuevo día, fueron los carceleros a mirar las prisiones, hallaron con espanto, ante la estrecha puerta de una de las mazmorras—armiño, seda y oro—tendido un regio manto.

Y cuando el Rey bajó, loco y desesperado, sobre las turbias aguas del río, vió flotar la bella y dulce Reina que, aún muerta, sostenía, el pomo del calmante que bajó a derramar.

.....  
Y cuenta que, inactivos, los verdugos del Rey no han vuelto en el palacio a nadie a atormentar, ni han vuelto nuevas víctimas a las negras prisiones que el Rey Gontrán, con piedra, ha mandado cegar.

PEPITA TOLEDO.

**Revisado por la censura.**



# El Mamburú

*En una salita, trabajan tres modistas, lindas y jóvenes las tres, en la confección de un vestido. Matilde y Antonia en un grupo. Petra retirada, trabaja con más asiduidad.*

Antonia.—Oye: ¿tú has sido novia con un tal Arturo Giménez?

Matilde.—(*Poco interesa la por la conversación de su compañera:*)—¿Arturo Giménez? No.

Ant.—Pues el dice que sí.

Mat.—¿Arturo Giménez? ¿De dónde es ese?

Ant.—De Alcalá.

Mat.—¿De Alcalá?... no.

Ant.—Pues el me juró ayer que sí.

Mat.—Ese ¿qué es?

Ant.—Estudia para sobrestante.

Mat.—¿Para sobrestante? Ese no ha sido novio mío.

Ant.—Pues yo me lo creí por que me dijo que te había regalado un abanico con tres amapolas como ese.

Mat.—¿Este abanico?... ¡Bah! Este abanico me lo regaló un novio mío... ¿Quién me regaló este abanico?—(*Recordando:*)—¡Ah! sí: Arturo.

Ant.—¿Arturo también?

Mat.—¿Ese se llama Arturo?

Ant.—Arturo Giménez.

Mat.—No lo conozco. (*Pausa*) Oye: Ese Arturo ¿es rubio?

Ant.—Rubio y con el pelo rizado.

Mat.—(*Interrumpe su labor. Con viveza que contrasta con su anterior desplacencia:*)—¿Con el pelo rizado? Oye: ¿tiene un lunar en la frente?

Ant.—Un lunar y una cicatriz.

Mat. (*Con extraordinaria animación:*)—¿Una cicatriz?... Pero... ¿ese ha sido novio mío!... ¡Arturo!... ¿Cómo se llamaba de apellido?

Ant.—Giménez.

Mat.—¡Eso es: Giménez!.. Era de un pueblo...

Ant.—De Alcalá.

Mat.—¡Eso! De Alcalá... ¡como las almendra! Ya me acuerdo... ¡Arturo!... Estaba estudiando para no se qué.

Ant.—Para sobrestante.

Mat.—¡Eso, eso! Pero le dieron calabazas. Una vez vendió un libro para comprarme una peineta... No; la peineta me la regaló Alfonso... ¿Qué me regaló Arturo?... ¡Ah, sí: un abanico!... Mira: este abanico; este mismo de las amapolas... ¡Arturo! ¡bah: poco que he querido yo a Arturo!



Ant.—Como a todos.

Mat.—No como a todos; es el único a quien he querido. ¡Arturo!

Ant.—Pues mira: ahora es mi novio desde el domingo. Yo no puedo hacer mas que dejártelo. A mi no me hace gracia. Yo creo que él volvería contigo de buena gana.

Mat.—¿Conmigo? ¡Vamos! Que se le quite eso de la cabeza.

Ant.—¡Ah! pero ¿tú no hablarías otra vez con él?

Mat.—¿Yo? quita: pero si es el hombre más antipático que he conocido. ¡Qué asaura de hombre! A mí me descompone.

Ant.—Como has dicho que lo quieres.

Mat. (*Indiferente:*)—Es verdad.

Petra. (*Interviniendo:*)—¡Valiente cariño!

Mat.—Y a tí ¿quién te ha dado vela en este entierro?

Petra.—¡Quién me dá la gana!

Ant.—¡Qué correcta!

Petra.—¡Tú eres una necia!

Mat.—¡Qué agresiva!

Petra.—¡Y tú otra necia!

Ant.—Que bien te has aprendido esa palabra.

Mat.—Claro: se la habrán dicho tantas veces...

Petra.—Bueno: vamos con el vestido de doña Laura que es lo que interesa.

Ant.—Tú sigue con él y calla.

Mat.—Ya sabes que no queremos hablar contigo. Eres una envidiosa.

Ant.—Claro: como que no ha tenido nunca un novio.

Petra.—Por que no he querido.

Mat.—(*Con naturalidad:*)—Es verdad.

Ant.—Como eres .. ¿cómo te decía don Justo?

Petra.—Misántropa. Pero, vamos con el vestido.

Ant.—(*A Matilde:*)—Déjala. (*Pausa.*)—Es verdad que Arturo es antipático.

Mat.—¡Insoportable!

Petra.—¡Valiente cariño!

Mat.—(*Impaciente:*)—Me parece que me vas a tener que volver a llamar necia.

Petra.—Y lo eres. Dices que estas enamorada de ese Arturo y luego que no lo puedes ver.

Ant.—En eso lleva razón Petra.

Mat.—(*Con naturalidad:*)—Es verdad.

Ant.—Pues no me lo explico.

Mat.—Te diré: Es que Arturo es una cosa y ese Arturo...

Ant.—Giménez.

Mat.—Es otra.

Ant.—Pero ¿no es el mismo?



Mat.—Sí y no.

Ant.—Pues ya nome queda nada más que darle la palabra a Petra.

Mat.—¿Para qué?

Ant.—Para que te vuelva a llamar necia.

Mat.—Todo tiene su explicación. Vamos: explicación muy clara, no; pero cuando es, por algo es. Veras: Cuando yo era casi una niña, vivía en un sotabanco...

Ant.—¿En otro?

Mat.—No: en el mismo. ¿Tú no has visto la casa de enfrente?

Ant.—Sí.

Mat.—Donde está la pajarería.

Ant.—No me he fijado.

Mat.—Y una peluquería en el entresuelo.

Ant.—No me he dado cuenta.

Mat.—Pues en el cuarto piso: donde está aquella ventana chiquita...

Ant.—No recuerdo.

Mat.—Veras como si te acuerdas: en esa ventana, es donde están los dos ladrillos amarillos en vez de ser encarnados como los demás.

Ant.—No he reparado nunca...

Mat.—(Molesta:)—Pues hija: no te fijas en nada.

Petra.—(Interesándose:)—Pero ¿qué pasaba en aquella ventana?

Mat.—Pues desde la mía, se vé bien lo que hay dentro. En vez de haber como ahora, una mesa camilla, cinco sillas y una máquina de coser, entonces, había una cama, una mesa de noche, dos sillas y una mesa pequeña, junto a la ventana, con siete libros: uno grande con pastas encarnadas y otros seis más pequeños sin pastas.

Ant.—Bueno: ¿y a qué viene todo eso?

Mat.—Veras: Allí, se ponía a estudiar un muchachito rubio con el pelo rizado, ¡más guapo! Todas las mañanas, a las siete, se sentaba allí y estaba hasta las once. Luego por la tarde, desde las dos hasta las seis. A las seis y media, salía con su padre, (luego supe que era su padre) que era un viejo de cara muy simpática pero muy serio. Daba mucho respeto aquel señor. (Pausa). El, estaba estudiando siempre, siempre... Una vez, se asomó a la ventana y al cabo de algún tiempo, por casualidad, se fijó en mí. Yo me entré enseguida.

Ant.—¿Por qué?

Mat.—Ve tu a saber. Yo era muy niña entonces. Al otro día se asomó dos veces.

Ant.—¿Y tú...?

Mat.—Me entré también. ¡Ay! Al otro día, me tuve que meter más de diez veces.

Ant.—¿Y al otro día...?

Mat.—Ya no me metí ninguna.

Ant.—¿No salió?



Mat.—Sí; pero me acostumbrè. Y así, cada día más... Un día, estaba él en la ventana como siempre...

Ant.—¿No os hacíais señas?

Mat.—No. Pues ese día, entró su padre de puntillas y me vió. Yo me entré enseguida, pero estuve mirando con disimulo. ¡Pobrecillo! Le estuvo regañando mucho, mucho. El, estuvo llorando. Yo también lloré un poquito... Al otro día, el padre, pegó en los cristales de la ventana unos papeles por fuera y la clavó por dentro... Así pasó mucho tiempo. A él, yo no lo veía nada más que cuando salía por la tarde con su padre. Al volver la esquina siempre miraba; pero tan deprisa que yo creo que ni siquiera me veía. Una vecina me dijo que se llamaba Arturo. Yo estaba siempre muy triste... ¡Bah!... Una vez, salí de mi casa sin que me vieran y cuando el salió con su padre me fui detras para verlo. Llegaron a Recoletos; el no me había visto; pero me pareció que el padre me miraba y me volví corriendo. (Pausa). Pasaron luego dos años; murió el padre y a los cuatro días se llevaron los muebles. ¡No lo he vuelto a ver más!

Ant.—Pero ¿no dices qué es Arturo Giménez?

Mat.—¡Ah! Es verdad.—Sí al cabo de cinco años lo volví a ver. El no me conoció. Trabajaba yo entonces en casa de Mme. Duval y él pasaba por allí todos los días. Uno, que nos encontramos por casualidad, me pretendió y hablé con él un mes. ¡Es muy antipático!

Ant.—¿Y cómo no recordabas su apellido, su pueblo, ni...?

Mat.—Por que era de ese tolo lo que me hablaba.

Ant.—Y el libro del abanico ¿era alguno de aquéllos?

Mat.—¡Cá! A aquellos libros ya no existen; ni aquel Arturo tampoco. Aquel desapareció; yo, lo esperaba siempre... Ya no lo puedo esperar... por que es ese... Pero yo lo quiero... a aquel por supuesto. ¡Qué diferencia! parece mentira... Y ¿ahora es novio contigo?

Ant.—Sí; pero no lo quiero.

Petra.—Entonces ¿por qué hablas con él?

Ant.—¡Bah! ¿qué más dà? Con el que yo quiero no puede ser.

Petra.—¿Por qué?

Ant.—Se marchó a América.

Mat.—Pudiera volver.

Ant.—Creo que se casó.

Mat.—Pudiera enviudar.

Ant.—Sí; pero...

Mat.—Más te valdrá que no vuelva. Sobre todo, si tienes la ventaja de no conocer aún su apellido.

Ant.—Quizá lleves razón.

Mat.—(Suspirando:)—¡Ay Arturo!

Ant.—(Suspirando:)—¡Ay Daniel!

Petra.—¡Ay doña Laura; y como va el vestido!

Ant.—Por eso será lo único que tu suspires.



Petra.—(*Suspirando*)—¡Ay! ¿quién sabe?

Ant.—Pero ¿tú también tienes amor?

Petra.—(*Suspirando*)—¡Ay!

Mat.—¡Mira la misántropa! Vamos: cuéntanos quien es.

Petra.—(*Alarmada*)—¿Yo? ¡jamás!

Mat.—¡Bah! ¿por qué?

Petra.—Por que... ¡es muy difícil de decir!

Ant.—Será algún vascongado.

Petra.—Es un ser muy extraño.

Mat.—Vamos: dílo ya.

Petra.—¿Y si me tomáis por loca?

Ant.—¿No te tenemos ya por tonta?

Mat.—¡Di ya quien es!

Petra.—(*Ruborizándose y con voz apogada*)—Yo estoy enamorada del Mambrú.

(*Los bellos ojos de las dos joviales modistas, se abren extraordinariamente ante la sorpresa de la confesión*).

Mat.—El Mambrú ¿Quién es ese?

Ant.—¿Algún organillero?

Petra.—¿Pero no conocéis al Mambrú?

Mat.—No será ese que se fué a la guerra.

Petra.—(*Suspirando*)—¡Ay! Ese es.

Mat.—Pero ¿el qué se fué montado en una perra?

Petra.—¡Qué zafia eres!

Mat.—Pero vamos: ¿quién es?

Petra.—Ese: el Mambrú; el de las coplas.

Mat.—¡Pero tú estas loca!

Petra.—Quizá. ¡El Mambrú! ¿Hay alguien como el Mambrú? Un caballero apuesto, guapo...

Ant.—¿Pero tú lo conoces?

Petra.—No: solo sé que se marchó y que se dejó esperar. Lo demás me lo imagino. Su nombre se metió en mi imaginación desde niña y... ¡si lo viérais! ¡Hace ya tantos años que pienso en él! Y siempre la misma incertidumbre, la misma esperanza: ¿Volverá para la Pascua o para la Trinidad?

(*Sus dos interlocutoras, lanzan la música juvenil de su alborozada risa*)

Ant.—¿No digo? ¡De remate!

Petra.—Es verdad ¡Pero conozco a tantos hombres y ninguno se parece a mi Mambrú! ¿No vale más seguir esperándolo que conformarse con cualquiera de ellos?

Mat.—(*Seria*)—Dicen que ese Mambrú existió.

Petra.—Pero es mejor que no lo haya conocido yo. Quizá no fuera como mi Mambrú.

Mat.—(*Tristemente*)—Es muy fácil. (*Suspirando*) ¡Ay Arturo!

Ant. (*Suspirando*)—¡Ay Daniel!



Petra.—(Idem:)—¡Ay mi Mambrú!

Ant.—(Pretendiendo reaccionar:)—Pero hoy estamos locas todas. ¡Mira que haber escuchado a Petra tantas tonterías sin haberle tomado el jelo!

Mat. Si que es raro; por que, mira que hubiéramos tenido motivo.

Petra.—¿Sabeis por qué no lo habeis hecho?

Ant.—¿Por qué?

Petra.—Por que, realmente, las tres estamos enamoradas del Mambrú.

Mat.—Es verdad.

Ant.—Tienes razón.

(Languidece la escena. Las tres cosen pausadamente y sus palabras son lentas y tediosas).

Mat.—(Suspirando:)—¡Ay Arturo!

Ant.—(Idem:)—¡Ay Daniel!

Petra.—(Idem:)—¡Ay mi Mambrú!

(Pausa larga. Una importuna nubecilla, que ha cubierto el sol, ha oscurecido la estancia. Los ojos, bajos, de las tres mo listas, son discretamente velados por sombras violáceas).

Ant.—Va a resultar bien el vestido de doña Laura.

Mat.—Las aplicaciones son demasiado vivas.

Ant.—Quiere que sea esa su característica.

(Cosen. Pausa larga).

Petra.—(Cantando muy bajo:)—La Navidad se pasa...

Las tres.—Mambrú no viene ya...

TELON LENTO

AURELIO TOLEDO

LINOLEUM NACIONAL

PISOS ELEGANTES PARA LA CASA MODERNA

Hijo de Francisco Alarcón—Castellanos, 6

(Esterería) Valdepeñas





# AMAPOLA

película española por

## NERINA Y PITUSÍN

que se proyectará en breve en el

### CINE IDEAL





CARMEN RICO



# Nuestras interviús

Carmen Rico

En el pasillo que al gabinete en que estamos conduce, un gran afiche hace destacar sus colores chillones sobre la albura de la pared.

No podemos contener un gesto y una frase de admiración.

—¿Qué...?—nos pregunta la bella Carmencita.

—Pues qué..., nada:... eso: qué está V. tan guapa, tan guapa...

—Y el disparate — un disparate bastante relativo dada la hermosura de la notable actriz—se nos queda en la boca.

Hacemos un silencio. Carmen borda un pañolito de encaje. De vez en cuando eleva a nosotros sus ojos grandísimos, llenos de luz, sonríe levemente y continúa su labor. En la calle suenan los acordes de la Marcha Real.

—¿Qué es...?—preguntamos a la Rico, que ha interrumpido un momento su trabajo para escuchar.

—«El Dios Chico»—nos responde.—Van dando la Comunión a los enfermos y a los impedidos. Vamos a verlo.

Abandona su labor y se asoma al balcón, engalanado, a donde la acompañamos. Precedida de estandartes, escoltada por algunos caballeros, párase en la casa de enfrente una carroza del Real Palacio. De ella descienden tres sacerdotes vestidos. Carmencita se arrodilla y así permanece hasta que cesa la música tras haber desaparecido por la puerta el séquito.

—Ahí hay una paralítica: una muchachita de quince años que ya hace tres que está inmóvil en un sillón. Yo apenas si la conozco; pero cada vez que la veo sentada en su butaca, arrojadas las piernas, caídas las manos sobre el balda y perdida su mirada sin luz, no sé lo que me pasa. Pienso en mi desesperación, en mi pena, si me viera algún día así...

Las palabras de Carmen Rico tienen un tinte de melancolía que rima muy bien con la mirada triste de sus ojos de sombras, de ordinario saturados de una picardía y de una vivacidad encantadoras.

Ha quedado callada, fija en la puerta por donde momentos después sale el cortejo. Alejado éste, seguimos charlando.

—¿Es V. religiosa?

—Sí, señor: sin gazmoñerías, sin exageraciones ni estupideces. Creo como la que más. Y en mis oraciones sólo pido a Dios que me dé salud.

—Y pesetas.

—No, señor. ¿Para qué? Las tengo, teniendo trabajo, y dándome Dios salud, no me falta.

Nos hemos sentado de nuevo en el gabinete. Ella ha reanudado



su labor y nosotros continuamos admirando sus manos pulidas, delgadas y largas, que muévense con agilidad suma.

—¿Cuántas películas ha hecho V.?

—Seis: «José», «El Cura de la Aldea», «La sobrina del Cura», «El médico a palos», «El pollo *pera*» y «Mientras la aldea duerme». No son pocas, teniendo en cuenta que sólo llevo trabajando año y medio.

—Entonces, su primera obra fué...

—«José». Me contrataron para hacer el papel de protagonista; pero surgieron otros compromisos mayores y me dejaron un papel secundario: el de una viuda, con cinco hijos. ¡Tenía yo diez y siete años!

—¿Y aceptó V.?

—Naturalmente. Yo quería empezar a toda costa y aquella fué la gran ocasión. De no haber aceptado, aún estaría por empezar mi carrera artística. ¡Con la ilusión que yo tenía y tengo por el Cine...! Fué mi sueño dorado desde que era muy pequeñita. A tal punto que cuando me mandaron en casa a París a un colegio, asistí algún tiempo a un *estudio* donde empecé mis pruebas.—Hace una breve pausa, y continúa: Hubiera conseguido trabajar bien pronto, pero mi desconocimiento del francés me lo impidió.

—Entonces, regresó V. a España?

—Pero no... por eso. Verá V.—Deja su labor a un lado y explica: —Era tanta mi afición que a toda costa quise trabajar. Me propuse aprender ese idioma. Claro que tropecé con muchas dificultades. Las señoritas que en mi colegio había eran todas alemanas o inglesas. Ni una de Francia. Sin embargo, no me arredré: Acometí la empresa de estudiar yo sola y cuando ya casi casi estaba en condiciones para comenzar a rodar, caí enferma y tuve que regresar a España. Entonces me prometieron el papel de «José».

—En que la casaron a V., le mataron el marido y la dejaron cinco criaturas para irse entreteniendo...

Se echa a reír la estupenda actriz alegremente.

—Todo lo que V. quiera; pero trabajé, cobré y saqué contrata para otra película, que es lo que se quería demostrar.

—¿De todo lo que lleva hecho, qué le gusta más?—Lo preguntamos.

—Desde luego, «Mientras la aldea duerme».

—La última, claro...

—¡No sea V. malo! No es por ahí. Es verdad—y V. también lo sabe—que siempre gusta lo último que se hace. Pero, además de eso, le voy a decir que en nosotros, en los artistas cinematográficos, que, además de nuestro temperamento hemos de pasar por el aro del director artístico, se dá más este caso, puesto que a medida que



la técnica de tal director se depure, aún siendo el mismo, nuestro trabajo resultará mejor, más acoplado.

—De donde resulta que, en opinión suya, nuestra dirección artística, Carmen...?

—Es regularcilla —nos interrumpe.— Naturalmente que a medida que el tiempo transcurre, va siendo mejor, y terminará por ser francamente buena. Ocurre con ésto lo que con el maquillaje. En un principio nadie hizo caso de él, hasta que la práctica nos ha demostrado que hoy por hoy es imprescindible.

—Entonces, esos son los inconvenientes de nuestra producción cinematográfica?—inquirimos.

Se queda mirándonos sonriente, vacilante antes de contestarnos. Luego:

—Esos... y otro, mayor aún, que no se lo digo a V.

Cómicamente indignados miramos a nuestra bella interlocutora.

—¡Caray!—decimos.—No sé por qué no ha de decirme. Porque usted, so antipática.—¡Fíjese en que le he dicho antipática!—está en la obligación de decirme, exactamente, todo lo que sepa.

Suelta a reír estrepitosamente la simpatísimísima Carmencita y nos dice:

—Paso por lo de antipática. Bueno... Pero eso de que yo le diga a V. *todo* lo que sepa. ¡Vamos, que no!—termina chulescamente. Y como vió nuestra sonrisa por el tono con que pronunció las últimas palabras, agrega fingiendo y recalcando el acento madrileño:—¡Soy de los madrilitos y me bauticé en San Cayetano! ¡A ver qué pasa!

—Pasár... algo y muy grande, como se empeñe en no decirnos lo que le he preguntado. ¡Aunque sea en plan amistad, no como periodista!—insinuamos.

—Eso ya es otra cosa. Si V. me promete...

—¡Ni una palabra...!

Se queda mirándonos fijamente, sonrientes sus labios y sus ojos negrísimos, y nos dice:

—¡Que ustedes los periodistas, son muy malas personas...! ¡Que todo lo charlan ustedes...!

—¡Protesto!—exclamamos. Nosotros no somos malos, ni charlamos nada... Lo más que hacemos es escribirlo... Lo cual no quita para que V. me diga, ce por be, qué inconveniente es ese.

—Allá vá. En España, señor periodista, —¡pero no diga V. nada...!

—De verdad, guapa: ni sílaba.

—¡En serio...! Pues sí que tiene V. cara de serlo, hombre. En fin, mire V.: aquí nunca se tomó el trabajo con formalidad. Se trabajaba por diversión, por entretenimiento. Si un día íbamos a rodar unas escenas a Santander, por ejemplo, salvo raras y honrosas excepciones, se decía: «¡Vamos de veraneo...» Y así no se puede hacer nada.



Hay que trabajar con entusiasmo, con fé, con ganas... Lo demás es perder el dinero, el prestigio y el tiempo.

—¡Hable usted como un libro, señorita! ¿Y aún se continúa en ese plan?

—Sí, pero no tanto como antes. Los casos de trabajar por exhibición y por entretenimiento, son menos frecuentes cada día, por fortuna. Ahora un noventa por ciento de actores, trabajan *de verdad*, con alma.

—¿Y de ese tanto por ciento qué artistas cree V. superiores?— indagamos.

—La Callejo, la Viance y la «Romerito», entre otras muchas. De actores a San Germán, Rivera y Jimeno. Claro que hay muchísimos más que son ya una realidad; pero como los que le cito a V., ninguno.

Hacemos una breve pausa. Carmen Rico, la interesante actriz que tantos triunfos ha logrado, hojea distraídamente unas revistas cinematográficas.

—¿Ha visto V. esta película?—y nos enseña una fotografía de «Dick, guardia marino».—¡Qué bien está ahí Novarro! Aunque tal vez me guste más en «El prisionero de Zenda».

—¿Qué otros actores prefiere V., Carmen?

—Antonio Moreno, John Gilbert, Pola Negri, la Talmadge (Norma), Mae Murray...

De algunos de ellos hay retratos en el gabinete. El de Moreno, dedicado cariñosamente a Carmen, desde su sitio de honor, parece presidir a aquella familia cinematográfica.

—¿Qué planes tiene V. para este verano?—la interrogamos.

—Pues, trabajar. Tengo pendientes tres contratos, aunque nada en firme aún... Me dedicaré a ver cine, a jugar al tennis, que es mi deporte favorito; y a montar a caballo...

—¡Buen plan! ¿Y su novio, para cuando lo deja usted?

—Para cuando lo tenga, señor. ¿Se ha enterado?

—Perfectamente—aseguramos. Y, añadimos:—¿Y cuando va a ser eso...?

—¡Yo que sé...! Me casaré, cuando menos lo espere, con quien me enamore de verdad. Comprenderá que no voy a hacer caso de las pasiones volcánicas que me pintan en muchas cartas, señores completamente desconocidos...—Hace una brevísima pausa, y, agrega:—Además, ahora sólo me interesa trabajar.

—¿Produce usted fácilmente?—interrogamos.

—Sí, señor, con mucha facilidad. Ni aún las molestias de la luz en los ojos siento...

Nos despedimos luego de la notable actriz.

—¡Que no diga usted ni una palabra de lo que le advertí...! ¡Que le araño. !



—Ni una palabra, Camencita. De verdad.

★ ★ ★

Pero, aún incurriendo en las iras de tus uñas rosadas, guapísima Carmencita, le cuento a mis lectores todo cuanto me dijiste. Nos otros, los periodistas, somos muy malas personas y todo lo escribimos.

GUSTAVO DEL BARCO Y CABEZAS.

Madrid-Mayo-927.

(Prohibida la reproducción.)

---

**Muebles de Lujo y Económicos - Artículos  
de fantasía para regalos - Servicio de mesa  
en cristal fino - Vajillas de Loza**

**Emilio González Pérez**

—7, Pí y Margall, 7—

Gromos :: Molduras :: Lunas :: Aparatos para Electricidad

---

**CATALAN** Joyería, Relojería y Platería  
INMENSO SURTIDO

Pí y Margall, 6, Valdepeñas



**ROYAL**

Agente: Cecilio López-Tello





# NOTICIAS

En la noche del 2 del corriente, y en la parroquia de la Asunción, se celebró el enlace de la bella y simpática señorita Julia Barba, hija del prestigioso comerciante de esta plaza, D. Manuel, con el joven D. Ramón Morales y Caravantes, de distinguida familia de la localidad.

Bendijo la unión, el culto sacerdote D. Aníbal Carranza, párroco de La Solana y gran amigo de los señores de Morales, que ha venido expreso para tal acto.

La novia añadía a sus encantos naturales el atractivo del elegante traje blanco de crespón de seda, con ricos adornos de tisú de plata y artístico bordado de perlas, presente del novio. Vestía éste de rigurosa etiqueta.

Los angelicales niños Ciriaquito Morales y Lolita Miravalles, sobrinos de los contrayentes, llevaron la amplia cola del vestido de la desposada.

Fueron padrinos doña Sacramento Caravantes y D. Francisco Morales, madre y hermano del novio.

Desde la casa de los señores de Barba, los novios se trasladaron a pie hasta el vecino templo.

Enorme gentío, presenció el paso de la nupcial comitiva.

Firmaron el acta como testigos, los hermanos del novio D. Ciriaquito y D. Ignacio, y D. Antonio Merlo Delgado y D. José Miravalles, hermano político y tío de la desposada, respectivamente.

Por los recientes lutos de ambas familias, la boda se celebró en la intimidad.

Entre los asistentes, recordamos a las señoritas Carlota Morales, Consuelito Morales, Pepita Barba, Mercedes y Natividad Caravantes y Lolita Barba; y señoras doña Pilar Nieva de Morales, doña Angela del Barco de Morales, doña Sacramento Morales de Barba, doña Jerónima Cornejo de Barba, doña María Barba de Merlo, doña Ana María Gimeno y doña Juana García.

Los novios salieron para Madrid.

IDEAL REVISTA se complace en felicitar a los nuevos esposos, deseándoles una interminable luna de miel.

—De Villarrubia de Santiago, donde han pasado una temporada al lado de sus hermanos, señores de Caravantes, han regresado nuestro excelente amigo, D. Francisco Morales y su distinguida esposa.

—Don José Miravalles Martín, agente de Reclamaciones a los ferrocarriles, ha regresado de la Ciudad Condal, a donde fué en viaje de negocios.

—Han marchado a Talavera de la Reina doña Asunción Sanz de Montero y sus tías doña Elisa y doña María de la Llave.



—El miércoles 4 de este mes, celebró su cumpleaños doña María Barba, distinguida esposa de nuestro compañero D. Antonio Merlo Delgado.

Asistieron a felicitarla las señoritas Teresa, Isabel y Carmen Delgado, Lolita García Rojo, Luisa Núñez y Lola Barba, y las señoras de D. Manuel Barba, de D. Carlos Delgado, de D. Ramón Santos, de D. Francisco Carrasco, de D. José Merlo Vior, de D. Juan Antonio Cornejo, de D. Aurelio Toledo y doña Juana García.

—Se encuentra mejorada de su ataque de grippe doña Luisa de la Llave, distinguida esposa de D. Pedro Sanz.

—Ha salido para la Corte, donde ha fijado su residencia, nuestro distinguido amigo, el culto abogado y escritor e inspirado vate don Francisco de Iracheta.

IDEAL REVISTA, que ha sido honrada con su valiosa colaboración y sus redactores, verdaderos amigos del Sr. Iracheta, le desean toda clase de prosperidades.

—Procedente de Sevilla hemos saludado en ésta a D. Ciriaco Morales, culto abogado con ejercicio en la ciudad del Betis.

—También hemos tenido el gusto de conversar breve tiempo con nuestro buen amigo don Ignacio Morales que acompañado de su bella y distinguida esposa ha pasado breves horas al lado de los suyos. El pasado martes regresaron de nuevo a San Juan de Aznalfarache (Sevilla) punto de su residencia.

—Acompañada por su hermano Alfonso, ha salido para Manzanares, la simpática y bella señorita Pepita Ruiz, después de haber permanecido en ésta varios días al lado de su entrañable amiga, la señora doña Alfonsa Izarra.

—El domingo primero de Mayo, falleció repentinamente don Jerónimo Roldán, siendo su muerte muy lamentada. A su respetable familia y particularmente a nuestro apreciado amigo Salvador Roldán, enviamos nuestro más sentido pésame.

—El martes se celebró en el Cine Ideal, la función de moda, proyectándose la película «¡Somos incompatibles!» notable producción Paramount.

Asistieron las señoritas, Carmen Rubio, Lolita García, Milagritos Rodríguez, Amparo del Barco, María Lozano, Rosita Sierra, Carmen, Presentación y Luisita Sanz, Isabel, Teresa y Carmencita Delgado, Pepita Ruiz, Pepita Rodríguez, Isabelita y Dolores Merlo y Aurelia Villalba.

Señoras, de Sanz (don Celestino), Sierra (don Hilario), Ortiz (don Francisco), García (don Nicolás), Villalba (don Gabriel), doña Alfonsa Izarra, Merlo (don Graciliano), Rodríguez (don Alfonso), Ballesteros (don Antonio), Rubio (don Antonio), Rodríguez (don José), Delgado (don Carlos) y Merlo (don Juan).



# Farmacia Moderna

DE

# A. NOCEDAL

Escrupulosidad y esmero en el despacho y confección de recetas.

Dosificación exacta.

Agua oxigenada NOCEDAL.

Específicos Extranjeros y del País.

Vendas, Gasas, Algodones, Bragueros, etc.

Seis de Junio, 20

Teléfono 105

---

## L<sup>c</sup>UNION

Compañía Francesa de Seguros contra incendios, robo, vida y accidentes

98 AÑOS DE EXISTENCIA

Subdirector para la provincia de Ciudad Real

**D. Enrique Penot Donado-Valdepeñas**

---

### PLUS ULTRA SASTRERIA

TIENDA instalada en la calle Pi y Margall, 11

dónde encontrarán gusto, elegancia y economía en precios igual en géneros que por medio de muestrarios pueden elegir.

NOTA DE PRECIOS

Hechura de traje 25 y 30 pesetas, con forros 45. 50 y 55 ptas.  
" de abrigo 25 y 30 " id. id. 40 y 60 »

En espera de sus gratos encargos queda su afectísimo

**JOSE MOYA**



# CATALAN

**Optometrista**

**Gabinete de Optica**

Graduación científica de la vista y consulta gratis

**PÍ Y MARGALL, 6, VALDEPEÑAS**

## COLEGIO

### Institución Moderna

### **BACHILLERATO**

Escuela graduada, con sección de Párvulos

Carreras especiales

Único Colegio, en Valdepeñas,  
incorporado oficialmente  
al Instituto de Ciudad Real

Imp. de MenJoza. Valdepeñas.